

LA OLA DE LA ANTICORRUPCIÓN

Víctor Meza

Es como si una ola, tan súbita como purificadora, bañara de pronto el territorio del llamado Triángulo del Norte, concentrando su acción saludable en dos de los tres países: en Guatemala y en El Salvador. A nuestro país, a estas honduras, todavía no llega el efecto vivificante de la ola bienhechora. Como casi siempre sucede, llegamos tarde a las citas con la historia o nos marchamos antes de que la misma concluya. Sociedad condenada a lo inconcluso, atada a la vacilación y el prematuro abandono.

Presionados por la creciente indignación interna, mezclada en ocasiones con la oportuna gestión exterior, los órganos de la justicia penal, tanto en Guatemala como en El Salvador, han optado por cumplir su verdadero papel y proceder, previa y meticulosa investigación, contra las elites corruptas que han construido redes de podredumbre y latrocinio al interior de sus respectivos Estados. Ha llegado, como suele decirse, el turno del ofendido, la hora en que la sociedad, por intermedio de sus operadores de justicia, reclama cuentas y sienta en el banquillo de los acusados a los grandes promotores y beneficiarios de la corrupción, sin que importe mucho su linaje o categoría política y social.

Así, hemos visto a presidentes y vicepresidentes, ministros, altos funcionarios gubernamentales, junto a conocidos empresarios y banqueros, desfilan por los pasillos de los tribunales o deambular, desprovistos ya de su antigua arrogancia, en los patios de los centros carcelarios. No ha importado su condición social o sus influencias políticas. La justicia les ha alcanzado y la sociedad, entre asombrada y complacida, ha podido conocer la trama siniestra de las redes criminales que se engendran y reproducen en los resquicios interiores de los aparatos estatales.

Mientras en Guatemala un presidente y su aliada vicepresidenta ya guardan prisión y esperan la sentencia final, en El Salvador por lo menos tres ex presidentes han debido enfrentar la acción de la justicia o huir al extranjero. La más reciente captura, la del señor Antonio Saca, ex presidente salvadoreño con una amplia red de amigos y posiblemente socios en nuestros círculos locales, se produjo en circunstancias de escándalo, mientras celebraba en la fiesta dedicada a la boda de su hijo. Los fiscales no tuvieron reparo en irrumpir en el evento y arrestar al conocido político y empresario, provocando la protesta y alarma de las elites que se han considerado

siempre como estamentos intocables y respetables. Otra vez, se comprueba que ha llegado el turno del ofendido.

Y aquí, en nuestras profundas honduras, ¿cuándo llegará el momento en que los órganos operadores de justicia se decidan finalmente a cumplir su verdadero rol y aplicar la ley sin contemplaciones ni preferencias?

Las marchas multitudinarias de la indignación colectiva que inundaron las calles de las principales ciudades del país el año pasado, parecían ser el preámbulo de la ola purificadora de la anticorrupción. Eran como el anuncio de una nueva energía social, un punto feliz de llegada ante el cansancio y el hartazgo que nos genera la corrupción. Pero no, no fue así. La ola se quedó a medias, no alcanzó la playa ni bañó las costas. Su fuerza inicial se fue diluyendo entre discusiones torpes, protagonismos presuntuosos y una vocación suicida por la fragmentación y el divisionismo. Es como si otra vez, tal como sucedió en los meses inmediatamente posteriores al golpe de Estado del 2009, la sociedad generara más historia de la que en realidad puede consumir.

Pero no hay que sucumbir al pesimismo fácil, que inevitablemente desemboca en derrotismo y frustración. Miremos de frente los espejos de los países vecinos y adivinemos el nuevo rostro de la patria, uno más limpio y luminoso, más presentable y decente. Un día habrá en que también nosotros, la sociedad hondureña, podremos comprobar que, por fin, ha llegado el turno del ofendido.